

ANDRÉS SABELLA

ALDO TORRES

CUMPLÍA RECIÉN cincuenta años, cuando un accidente automovilístico lo mató en una calle de Londres, en noviembre de 1960. Residía, allá, satisfaciendo, en Oxford, su afán más premioso: el de los estudios. El profesor Aldo Torres conversaba, delicadamente, con el poeta Aldo Torres; de tales diálogos fecundos nacieron los textos de *Imágenes Silvestres*, en 1933; *Corbán*, en 1940; *Memoria Permanente*, en 1952, y *Otoño Encuadernado*, en 1956, donde la palabra hierve en purificaciones, nació su crítica que, frecuentemente, publicó el “Boletín del Instituto Nacional”, bajo el título de *Azar de Libros*. Por razones profesionales, vivió en Antofagasta: aquí realizó diversos beneficios de cultura y, entre muchos poemas, escribió *La Pampa*, el domingo 18 de diciembre de 1955. La poesía fue un garfio implacable en mitad de sus galas:

“Las cosas entran
a una nueva vida
bajo la estrella
de la poesía”.

No dilapidó su talento en contorsiones de gloria: honradamente, aseguró la suya, colocando, en cada sílaba de su obra, el celo y la pasión del que maneja partículas de infinito:

“mi cráneo es un vaso de tierra,
de tierra en tránsito hacia el vidrio”

La Pampa

Vibre el enjambre de chiquillos
del pueblo, cabelleras
de alambre, sucios, mal vestidos,
peor alimentados, en la hora
de pasarles geometría,
algo de la extensión
y su medida.

Una ventana

Por la ventana que se abre
a sus espaldas diminutas,
los ojos del que habla
mañana y tarde, día a día,
arrancan distraídos, atraviesan
un pentagrama ferroviario
por donde van y vienen,
aunque pequeños, unos trenes,
como los otros, poderosos.
Luego unos cerros rígidos
y al pie,
jardín sobre la escoria,
pequeñas casas de cemento escuálido,
de simples, simples trozos de madera
o de restos cualesquiera pastoreados,
por la resignación o la paciencia,
para servir a los necesitados;
y en sus inconcebibles interiores
gente grande parece
jugar a las viviendas infantiles
empujada por el imperativo
de múltiples miserias.
Al fondo,
terso, el plano inclinado,
como una inmensa página terrestre
donde labran avisos comerciales
y epígrafes patrióticos,
y por las cúspides,
en una de las cumbres recias,

un ancla gigantesca, invertida
y de blanco de cal iluminada,
que antaño señaló a los navegantes
la verdadera ruta del arribo
y que hoy hace del puerto
un barco más,
anclado al hondo piélago
del propio firmamento.

Otra ventana

Por la otra ventana,
a la derecha, se vislumbra, negra,
una grúa más alta
que las casas del modesto barrio
una fábrica de cerveza al borde
mismo de las mareas;
un pedazo de mar
vacío de partidas y regresos;
otro cerro lejano, aureolado
de obscuras nubes o de claras nubes,
tan moreno de color como de nombre;
y más aún, otra prolongación
de aquel pentagrama ferroviario,
laborioso desvío desde donde
diaria, diariamente,
el patrimonio de la patria,
enajenado ya, formula
su adiós definitivo.
He aquí lo que dicen las ventanas
de la sencilla sala de una escuela.
Pero es la hora de la geometría.
¿Qué será la extensión? —pregunto
y me pregunto.
Los niños reaccionan
como a la orilla de un abismo.

Océano petrificado

Más allá de los cerros,
que los vientos afeitan sin cansancio,
contemplad, en la imaginación,

cómo se abre la pampa salitrera
a metros, muchos metros
sobre el nivel inquieto de la costa.
Aquello es un océano petrificado
y en sus profundidades,
sonámbulos, alientan,
los infinitos, secretos minerales.
La planta del obrero chileno lo recorre
en la persecución de una riqueza
acumulada por los siglos
que el sol constante ha madurado
en sus designios paternos.
La pampa es la extensión,
y es nuestra y es ajena.
Más la extensión no existe
sin la presencia de los cuerpos;
éstos la determinan y limitan,
brindándole un sentido.
Paráos, pues, delante de la pampa
y echad a espaciarse la mirada.
Allá, monumentales establecimientos
con nombres de santas o de santos,
las vastas oficinas del salitre,
y arriba, más arriba,
sobre las colinas de Chuquicamata,
la enorme usina, enorme
ave de presa, despiadada,
sangrándolas, sangrándolas,
sangrándolas . . .
Esto equivale referirse al cobre
y a la voracidad capitalista.

Extrañas venas

Muy raros cuerpos hacen
o mejor deshacen
nuestra extensión ardiente,
este rescoldo al ras del suelo
que la Naturaleza preparó
no para la parte, sino para el todo;
no en son de privilegio de unos pocos,
sino para los más,

para todos los hombres sin fronteras.
¿Qué algo se mueve allí, disminuyendo
el páramo fecundo?
Son los pequeños trenes,
sigilosos, lentos,
venas de la extensión,
extrañas venas, deslizándose,
como un secreto a voces,
en demanda del puerto.
Junto a los malecones
del legendario Antofagasta,
tranquilos de respiración,
esperan unos barcos
de bandera extranjera,
enemigos del pueblo,
única sólida base
de una auténtica historia generosa;
enemigos del pueblo,
de sus mujeres, hijos y futuro,
esos barcos se tragan
la pampa poco a poco.

Alarido de fuego

La huella es de patética elocuencia;
fantásticas ganancias de monstruosos
abortos de la humanidad;
fortunas de sicarios de lujo
sin otra atmósfera que sus estómagos;
hondos, muy hondos socavones para
mejor contemplar a las estrellas,
ruinas de gloria transitoria
que allí y acá confirman
la verdad y mentira del desierto.
La pampa es la extensión,
alarido de fuego.
No obstante, si por ella,
por ella caminamos
y el cobre y el salitre,
y el azufre y el yodo
—¡tantas materias primas!—,
junto a nosotros reptan

rumbo a las naves extranjeras,
a nuestro alrededor
el ámbito geológico proclama,
con ascético acento,
que toda expoliación,
que toda esclavitud del hombre
por el hombre
han de morir,
y Venus, desde lo alto,
lo subraya
con su parábola de plata.

Consejo de bien dormir

Duerme del lado de tu corazón,
los brazos y las piernas
cual si de pronto hubieras de volver
a la noche materna.

¿No has visto en los motores del estío
que el fuego de la fuerza
arde siempre debajo, separado
apenas de la tierra?

Que en tu suave acomodo se confundan
de manera indeleble,
el sueño previo a tu llegada al mundo
y el sueño de la muerte.

1956

De una carta del poeta

Oxford, junio 8 de 1960.

Escribo frente a un amplio ventanal, mientras llueve intermitentemente. A mi espalda, la continuación de la casa; al frente, una calle que atraviesa y más allá de ella, por sobre un muro, un huerto con árboles, otro muro y nuevos verdores que sobresalen unos más que otros y casas que asoman. Cielo cubierto de nubes blancas y oscuras; estas últimas se mueven de oeste a este. A lo lejos, en el blancor, la pequeña caligrafía de un avión atraviesa fugaz. Es Inglaterra.

He viajado algo por Inglaterra.

La campiña es hermosísima. De pronto hay sitios que me hacen recordar lugares de Cautín al sur. Hay muchos árboles —alerces, arces, hayas, encinas—, ya sea a manera de montes o alineados a orillas de los caminos. No dejan de estar presentes, como es de suponerlo, el pino y el plátano oriental, que los chilenos conocemos. Y mientras viajamos, atravesando pueblos y aldeas, a nuestro paso rauda, se agitan los arbustos con flores blancas o rosadas, ríen los pastos melencidos y las amapolas se esfuerzan por no derramar su copa de sangre. Remoto —casi lo olvido—, un castaño frondoso, todo flor, en rosa o blanco.

(Reproducido de HACIA como un homenaje a la memoria de este escritor y colaborador de "Atenea". N. de la D.).